



EUDISTAS
Provincia de Colombia

CARTAS DE SAN JUAN EUDES DIRIGIDAS A DIVERSAS PERSONAS

TOMO XI

Centenario de la edición de Obras Completas

CARTAS DE SAN JUAN EUDES
Dirigidas a diversas personas

Tradujo Álvaro Torres Fajardo, CJM
Valmaría 2011
Obras Completas XI, 7-132

INTRODUCCIÓN

Además de la correspondencia con los miembros de sus comunidades, san Juan Eudes escribió también cartas a personas amigas, religiosas o laicas, y a otras, por diversos motivos. La mayoría va dirigida a religiosas a quienes acompañaba en su experiencia espiritual. Las ilumina y anima en sus dificultades de orden espiritual o corporal. Sobre todo las hace reflexionar en horas de crisis o enfermedades. También acude a ellas para pedirles el apoyo de su oración en momentos difíciles de su vida. En algunos casos nos revela en esa correspondencia datos de su vida, particularmente dolorosos, y la fe con qué reaccionaba ante ellos.

Escribe también a familias que le brindaron apoyo en sus empresas apostólicas. Sobresale la correspondencia con la señora de Camilly, esposa de Jacobo de Camilly, a quien llama con afecto “el hermano del corazón”. Cuando muere este amigo está presente en el dolor del hogar, brindando consuelo y esperanza, desborda de sentimientos y deja entrever el fuego de sus afectos.

Escribió la primera carta que se conserva (Carta 19) a la de 28 años, recién ordenado sacerdote. Escribe a una noble señora, abadesa del monasterio de La Santa Trinidad de Caen, a quien da el título respetuoso de *Madame*. Es la carta más extensa, 12 páginas, en las que manifiesta su condolencia por la muerte de un hermano de la religiosa, y la anima a aceptar la Voluntad divina.

Dignas de especial atención son sus cartas a la reina Ana de Austria (18.22), y al rey Luis XIV (51.63). Nos revelan sus lazos con la monarquía, los intereses que

tenía en esa relación. Sabemos que era conocido y apreciado de sus majestades. Igualmente conocemos qué significaban para él, incluso en el campo de su fe, dada la teología vigente sobre el origen de la autoridad civil. La breve carta dirigida al poderoso ministro Juan Bautista COLBERT (42), en un momento crucial, conservada en los archivos nacionales de Francia, digna y serena en medio de la crueldad del momento, nos habla del dominio de sus sentimientos en circunstancias afrentosas.

La carta al cardenal Grimaldi (33) nos permite conocer cómo era la vida de una comunidad eudista en su época, en particular el manejo del tiempo, el trabajo y el ocio, los ritmos de la espiritualidad, las inquietudes dominantes.

La última carta (85) no está en la Obras Completas. Pertenece a la colección de *Inéditas*. Tiene para la congregación mucha actualidad. Cuando circunstancias del tiempo que vivimos nos han hecho abrir espacio a los laicos, nos revela el pensamiento de san Juan Eudes sobre este punto. Escribe a la familia de Camilly y allí emplea explícitamente la palabra *asociados a nuestra comunidad*. No emplea la forma coloquial y familiar de sus cartas. El estilo solemne, jurídico, notarial, el uso mayestático del pronombre Nos, en lugar de Yo, hace de esta carta un documento oficial que compromete a la comunidad como tal.

Admiramos el trato, al tiempo respetuoso y tierno, hacia sus corresponsales. Repite incansablemente, con superlativos, al apelativo de queridísimas, amadísimas” cuando escribe a mujeres. Su despedida en las cartas, si bien puede ser lo acostumbrado en su tiempo, es

afectuosa y cercana: *Todo suyo...* El tema dominante de su vida se refleja en sus cartas: *La Voluntad divina*. El secreto será siempre que la vida concuerde, hasta en los detalles, en toda circunstancia, en lo adverso y en lo feliz, con esa Voluntad que todo lo guía para nuestro bien.

Tenemos entre manos un valioso documento que, estudiado con detención y amor, nos puede iluminar en la vida personal y comunitaria. Nos revela un testigo del Señor, que se ha dejado penetrar el misterio de Dios y lee e interpreta su vida y la de los demás desde el amor Dios. Ojalá sigamos ese ejemplo.

1. *A Lorenza de Budos, abadesa de la Santa Trinidad de Caen, con ocasión de la muerte de su hermano Antonio Hércules de Budos, caído en el sitio de Privas*

1629

VIVA JESÚS Y MARÍA

SEÑORA,

La gracia, la paz y el consuelo de Jesucristo Nuestro Señor y de su santísima Madre estén con usted por siempre.

Debo y quiero adorar con usted la santísima y amabilísima voluntad de Dios, en la aflicción que ha querido enviarle. Debo y quiero amar y adorar con afecto su muy justa y muy amable mano que ha golpeado su alma con un golpe muy rudo, y que ha herido su corazón con una llaga cruenta. Esta divina mano todo lo hace por amor a sí misma y a sus criaturas a las que, a nuestro parecer, ama como a sí misma.

Confieso sin embargo que mi alma está colmada de tristeza y mi corazón lleno de angustia pensando en su agonía. No me es posible pensar en usted y en el lastimoso estado en que la veo, sin dolor y sin lágrimas. Creo que me está permitido. Contemplo a Jesús, alegría del cielo y la tierra, que derrama lágrimas y suspiros a la vista de las lágrimas de Marta y de Magdalena, cuando lloraban la muerte de su hermano. ¿Por qué entonces no me estaría permitido a mí también llorar ante semejante trance? Quiero llorar con Jesús, para honrar las lágrimas de Jesús. Quiero *llorar con los que lloran* según la palabra de su apóstol: *Flere cum flentibus* (Ro 12, 15).

Quiero llorar llevado de los mismos movimientos y sentimientos con los que Jesús lloró. Quiero ofrecerle un sacrificio de lágrimas en homenaje de sus divinas y adorables lágrimas. Ofrezcámosle, Señora, ofrezcámosle nuestras lágrimas en honor de las tuyas. Pidámosle que las santifique por las tuyas y las bendiga con las tuyas. Roguémosle que las una a las tuyas. Que haga de tal manera que esas aguas que brotan de nuestros ojos, se unan con las aguas celestes de que habla el profeta: *Que todas las aguas que hay en el cielo alaben el nombre del Señor* (Sal 148, 4).

¿Quiere usted, Señora, que sus lágrimas se unan a esas aguas sagradas que bendicen sin cesar a Dios en el cielo? Llore santa y religiosamente, es decir, derrame lágrimas dignas de una persona religiosa que ha abrazado un estado que obliga a la santidad. Que sus ojos lloren pero que su voluntad se someta a la de Dios. Que sus ojos derramen lágrimas pero que su corazón y sus labios pronuncien a menudo estas divinas palabras que Jesús pronunció en lo más agudo de su dolor, y en un abandono infinitamente mayor que el suyo: *Padre mío y Dios mío, que se haga no mi voluntad sino la tuya se haga* (Lc 22, 42). Llore pero con paciencia y moderación y no por exceso de impaciencia.

Felices son sus lágrimas si son derramadas de esta manera, pues merecerán ser enjugadas por la propia mano de Dios, según dice la Escritura: *Enjugará Dios todas sus lágrimas* (Ap 7, 17). Serán cuidadosamente recogidas por las manos de los ángeles; serán guardadas con amor, como líquido precioso que embalsama el cielo y darán eterna gloria a Dios. Si ellas no vienen

acompañadas de estas disposiciones serían muy desagradables a Dios y a sus ángeles y no le servirían sino para hacer las llamas del purgatorio más quemantes para usted. Ruego a Nuestro Señor Jesús que esto no acontezca. De mil amores le pediría trasladar a mí, si fuera posible, todas las angustias de su alma, a fin de que no solamente yo compartiera sus pesares y su dolor sino que yo cargara el fardo de su amargura; pero es tan pesado que solo Nuestro Señor lo puede llevar.

Le suplico que esté en su alma, que esté en el medio de su corazón, para llevar él mismo en usted esta cruz y este tormento que le mandó. Su profeta nos dice que vino al mundo para llevar nuestros dolores y premuras (Is 53, 4). Soportó él mismo el dolor que usted siente ahora y le fue mucho más sensible y más doloroso que a usted. La angustia que sufre ha sido una de las causas de la angustia que sufrió en el jardín de Olivos. Le hizo sudar sangre y le hizo exclamar estas punzantes palabras: *Triste está mi alma hasta la muerte* (Mt 26, 38). Lo decía no solo a la vista de los dolores que debía sufrir en su propio cuerpo, sino aun más por el claro conocimiento que tenía entonces de todas las aflicciones, de alma y cuerpo, que caerían sobre sus amados hijos. Ante sus ojos tenía la congoja en que usted está ahora, veía sus lágrimas, escuchaba sus quejas y suspiros, y todos esos suspiros y lamentos eran tantas otras flechas agudas y penetrantes que atravesaban dolorosamente su corazón, a causa del amor infinito que le tiene. Lo mismo que las quejas y sufrimientos de un hijo muy amado de su padre, son otras tantas heridas que laceran el corazón de ese

entristecido padre ante los sufrimientos de su querido hijo.

Jesús, su Padre y su Esposo, sintió en su Corazón paternal la misma aflicción de la que está colmado el suyo. Por eso debe ser para usted dulce y agradable pues pasó por un Corazón lleno de amor y de dulzura. Él cargó, dije, en otro tiempo la misma aflicción que la agobia ahora. La llevó sin usted y por usted, pero ahora la quiere llevar con usted y en su interior. Déjelo entrar en su alma. No se deje embargar de tal manera de su dolor que no quede espacio en su corazón para él que es su alegría, su consuelo y su todo.

Lo contemplo tocando a la puerta de su corazón y en espera, con su Corazón y sus manos llenas de gracias, bendiciones y consuelos inexplicables, deseoso de comunicárselas.

Lo escucho diciéndole con su voz de buen amigo: “Ábrame, mi muy querida y amadísima hermana, ábrame la puerta de su corazón”. Está abierta, entra, bondadosísimo Jesús, entra en ese pobre corazón. Está abierto para ti, no lo dudo. ¿Será posible que un alma tan buena fuera para ti, oh Jesús, tan infiel que te rehusara la entrada de su corazón, dejándose embargar de una inútil y perniciosa tristeza? No y no, no lo creo. Entra, pues, oh Dios de amor y de consuelo, en ese corazón crucificado por mil dolores, para llenarlo de amor y de alivio. Aleja de él la tristeza y llénalo de ese amor fuerte y vigoroso por el que tú soportaste fuerte e incansablemente los dolores y angustias de la cruz y de la muerte.

Además, Señora, Jesús está en el centro de su corazón. Está allí deseoso de llevar con usted el rigor de su amargura, pero ni puede ni quiere llevarla sin usted. Únase por tanto a Él para llevarla juntamente con Él. Una su espíritu a su espíritu, su corazón a su corazón y su voluntad a la suya. Súfrala santamente lo mismo que él la sufrió santa y valientemente, como la sobrellevó fuerte y denodadamente.

De su parte y en su nombre le ruego cerrar su espíritu a todas las consideraciones que le causan tristeza para aplicarlo a mejores y más santos pensamientos. Ponga sus ojos en la santísima voluntad de Dios. Recuerde que esa divina voluntad es en muy grande, inmensa, digna, excelente, poderosa y absolutamente soberana. Además muy justa, equitativa, dulce, amable, dichosa y gozosa en todo lo que realiza. Muy sabia y prudente en todo lo que ordena. Todos estos puntos son de mucha consideración en esta voluntad. Me parece que el más puro, perfecto y santo alivio que yo pueda darle, lo debo sacar de estas santas y divinas consideraciones y no de pensamientos bajos y terrestres, puesto que me dirijo a una persona que ha renunciado a todo cuanto hay de bajo y terrestre en el mundo para hacer profesión de una vida santa y celeste.

Considere, Señora, que la voluntad divina es inmensa. Se extiende por doquier, dispone y ordena cuanto se hace en el mundo. Por eso nada acontece por azar ni por casualidad o accidente, Todo sucede bajo el poder de la voluntad de Dios.

Considere que solo ella es digna de existir, solo digna de subsistir y de ser cumplida por razón de su excelencia y dignidad infinita. Ante ella toda otra voluntad se rinde. Solo ella debe reinar como soberana. Y así toda otra voluntad se somete a su imperio, no por obligación como los demonios, sino voluntariamente como los ángeles. Es muy justa y muy ecuánime en sí misma y en todos sus efectos. Toda otra voluntad le debe aquiescencia y sometimiento a sus órdenes por ser muy justas y equitativas. Es suave y amable pues todo lo hace por amor hacia sí misma y hacia nosotros. Que ella sea querida y amada al menos por quienes han renunciado al amor del mundo para consagrarse a Dios. Ella todo lo hace con gozo y regocijo. Que sea alabada y bendecida en todos sus efectos con igual gozo y regocijo, arrojando bien lejos todo asomo de tristeza. Finalmente, en todo busca lo mejor, de la mejor manera que pueda darse, en el tiempo y en la hora más conveniente. Sea adorada y glorificada en todas las condiciones y circunstancias en las que realiza su obra. Señora, de esta manera los ángeles y los santos contemplan y adoran la muy adorable voluntad de Dios en el cielo. Piense cuantos santos hay en el cielo que ven a su padre, a su madre, a sus hermanos y otros parientes condenados en los infiernos, lo que es la máxima desgracia y el como de toda infelicidad. Sin embargo, viendo que así lo dispone y ordena la voluntad de la justicia divina sobre sus allegados adoran, aman y bendicen esa justísima voluntad con todo gozo y alegría

Gracias a Dios acá no hay nada comparable. Aquello por lo que usted debe adorar la voluntad de Dios es infinitamente menos molesto y menos amargo que aquel caso desgraciado. En él solo hay miel y dulzura en comparación con aquel. Se trata allí de una muerte eterna, muerte terrible y espantosa. Aquí solo se trata de una muerte temporal. En realidad no se puede llamar muerte sino paso de una vida mortal y desdichada a una vida inmortal y gozosa. Adore en este caso tan dulce y benigno a quien lo sabe comprender bien; adore, digo, ame y bendiga la muy dulce y muy amable voluntad de Dios en la tierra, como los santos la adoran y bendicen en el cielo.

Usted lo hará, no lo dudo. Y si no lo hiciera ¿cómo se atrevería a esperar estar asociada un día con los santos en el cielo pues es necesario hacer en la tierra lo que ellos hacen en el cielo? ¿Si no lo hiciera cómo se atrevería a pronunciar estas palabras que usted repetidamente dice todos días: *Que tu voluntad se haga en la tierra como en el cielo?* (Mt 6, 10). ¿No temería que el Hijo de Dios le dirigiera este terrible reproche que hizo a los fariseos: “Hipócritas, bien profetizó de ustedes Isaías: Me honran con los labios pero su corazón está muy lejos de mí? (My 15, 7). Dicen: que mi voluntad se haga en la tierra como en el cielo, pero su corazón desmiente lo que dicen sus labios. Sus obras son contrarias a sus palabras.

¡Dios la libre, Señora, de que esto pudiera decirse de usted! Haga de manera que sea del número de quienes hace mención con estas grandes palabras que la Iglesia pone a menudo en la boca: “*Sanctis qui sunt in*

terra ejes, mirificavit omnes voluntades meas in eis” (Sal 15, Vulgata). Es Jesús que habla por el profeta y que habla de su Padre Eterno y de los santos. “Mi Padre, dice, ha hecho todas mis voluntades maravillosamente admirables en los santos que hay en la tierra”. Usted está en la tierra de los santos, está en un lugar santidad. En este sitio no puede haber personas que no sean santas o buscadoras de la santidad. Que todas las voluntades de Jesús, sean las que sean, las dolorosas y también las placenteras, sean igualmente para usted maravillosas, admirables y amables. Que todas sean para usted maravillosamente agradables, amadas, preciosas y más preciosas que todo cuanto existe en cielo y tierra. Que pueda decir con el corazón lo que a diario pronuncian sus labios: *“Dios mío, tu voluntad me es más amada y más preciosa que millones de oro y plata, si los tuviera; y aún más que millones de hermanos, de padres y de amigos si los tuviera”*. Que jamás seas privado, Jesús, del cumplimiento de la menor de tus voluntades.

Obrando así se hace merecedora de ser del número de quienes se dice: *Sanctis qui sunt in terra ejus*. En este punto radica la verdadera santidad: someterse muy gustosamente a la voluntad de Dios en todo.

No veo nada en el mundo en que pueda avanzar en gracia y santidad distinto de esto. ¡Cómo debe ser para usted querido y precioso este tiempo de aflicción! Es para usted tiempo de gracia y santidad. Dios tiene infinidad de gracias y bendiciones para comunicarle si está dispuesta a recibirlas con humilde

sumisión de su voluntad a la de Él. Puede usted avanzar más en gracia en una hora de este tiempo de amarguras que en varios días de consuelos. Es el designio que Jesús tiene ahora sobre usted. Tiene deseo infinito de obrar en su alma efectos de gracia y de santidad mediante esta tribulación que le ha enviado. No permita que su deseo quede sin efecto. No permita que se frustren su designio y su intención. Y todavía más importante: no permita que sea privado del amor y de la gloria que usted puede tributarle ahora.

Usted le ha prometido tantas veces que solo desea amarlo y honrarlo. Y precisamente nunca ha tenido oportunidad de amarlo perfectamente y honrarlo santamente como ahora. En este tiempo de prueba puede darle más gloria y amor en un momento que en varios días de tiempos de consuelo. No lo prive de algo tan grande que puede y debe darle fácilmente, sometiéndolo su voluntad a la de Él. Ciertamente no es fácil a la naturaleza, pero es fácil a la gracia que se le concede con este fin. Será fácil si recuerda que la más terrible y rigurosa voluntad que Dios haya tenido alguna vez y que tendrá siempre fue aquella por la cual quiso que su Hijo, su Hijo único, su Hijo amadísimo, el Hijo que se llama Jesús, quiso, digo, que sufriera tormentos tan cruentos y horribles. Y no solamente que los sufriera sino que muriera de muerte la más atroz e ignominiosa de todas las muertes. ¡Qué Voluntad!

¡Cuán rigurosa es esta voluntad de un Padre para con su Hijo! ¡Es extraña y terrible! Y con todo, ese mismo Hijo, que es Jesús, abandona y aniquila en cierto

modo su propia voluntad, aunque en sí del todo santa y divina, para adherir a la voluntad de su Padre, tan llena de rigor y de terror para Él. De solo pensarlo sudó sangre. Si Jesús se despojó y aniquiló, en cierta manera, una voluntad tan digna y tan preciosa como era su voluntad humana, ¿no sería muy razonable, Señora, que abandonemos y aniquilemos una voluntad tan impura, imperfecta y corrompida por el pecado como es la nuestra para seguir la santísima, divina y amabilísima voluntad de Dios?

Dejo de hablarle porque escucho una voz que será más capaz de consolarla que la mía. Es la voz de aquel que usted llora como muerto, pero que no está en verdad muerto. Es la voz de su amadísimo hermano que le habla y le dice: “¿Por qué lloras tanto, amadísima hermana? ¿Porque te han dicho que estoy muerto? No, no es cierto. No estoy muerto. Estoy vivo y lo estoy más que nunca. No estoy muerto sino vivo en Dios para quien todo vive. Fue la primera palabra que se escuchó cuando en el oficio se cantó por mi: *Regem cui omnia vivunt...* No estoy muerto sino más bien cesé de morir para comenzar a vivir. ¿No sabes que la vida de la tierra es una vida muerte? Muerte viviente y vida mugiente, Vida que más bien podría llamarse muerte y no vida. Vida terrestre, imperfecta, pecadora. ¿Podría decir usted que estoy muerto al dejar esta vida llena de miserias para estar en una vida celeste, vida perfecta, eterna y bienaventurada? ¿Ignora usted que solo los locos e insensatos juzgan como muertos a la gente de bien? No, mil veces no. No están muertos. Los que mueren en Jesucristo, en su gracia y en su amor, no

mueren sino que pasan de una muerte fastidiosa a una vida dichosa. Y con mayor razón no mueren los que entregan su vida por los intereses y la gloria de Jesucristo.

“Si hubiera muerto como un pagano, o un hereje o un mal católico usted tendría razones para llorar. Si hubiera muerto en un duelo en defensa de mi honor y de mis intereses particulares, le diría: llore, llore; y usted derramaría lágrimas, lágrimas de sangre. Sólo los que así han muerto están de verdad muertos.. Por esos hay derramar lágrimas y lágrimas de sangre. Pero no. Me encontró la muerte en un ejército que combate luchando por Dios y por sus intereses. ¡He muerto por la gloria de Jesucristo, en defensa de su Iglesia y por el establecimiento de su fe y de su Evangelio! ¿No es ésta, muerte dichosa y gloriosa? ¿No es acaso más bien digna de gozo y regocijo que de lágrimas y llantos? ¿Llorar por ella y lamentarla como si se tratara de la muerte más miserable del mundo no es empañar la gloria y dignidad de tal muerte?

“¿Por qué, pues, mi querida hermana, sufrir tanto? ¿Piensa que ya no me verá más en la tierra? Consuélese porque me verá en el cielo y dentro de poco. En espera de esta felicidad, mientras permanezca usted en la tierra, la tendré siempre ante mis ojos para asistirle en todas sus necesidades ante el Rey del cielo, ante quien no tendré menos favor que el que tenía ante el rey de la tierra. Deje, pues, mi muy amada hermana, deje, se lo ruego, de lamentarse. Reprima su dolor, modere sus suspiros, detenga el río de sus lágrimas. A partir de ahora ellas me serían ofensivas y desagradables, tanto

más que agravarían a quien yo amo más que a mí mismo”.

Señora, éstas son las palabras y la voz de su muy amado y querido hermano. Deben traerle mucho consuelo si usted es capaz de ser consolada.

Pero escucho otra voz. Viene, Señora, a consolarla y es la voz de su muy querido Esposo. Es la voz de Jesús, el Dios de todo consuelo. Sólo Él puede darle perfecto alivio. Escúchelo, por favor, y para oírla mejor cierre los oídos a todas las voces de la naturaleza, de la pasión y del interés propio, del todo contrarias a la voz de Jesús. Así le habla Él:

“¿Qué es eso que te aflige tanto, mi querida Hija? Pues bien, tu hermano ha muerto pero soy yo quien lo ha ordenado. Y lo he hecho por amor a ti y a él. ¿No bastaría esto para consolarte? ¿La sola razón de mi amabilísima voluntad no sería suficiente para consolarte y contentarte? ¿No tengo acaso innumerables enemigos que me persiguen y me hacen la guerra, oponiéndose a todos mis propósitos y designios? ¿Quieres abandonarme y alistarte en su partido? ¿Deseas ser del número de los que quieren destruir y aniquilar mi santísima voluntad para establecer en cambio la suya? ¿Te propones arrebatarme mi soberana voluntad el imperio y el domino que ella debe tener en todo para entregarlos a la tuya?

“Por poco tiempo te privé de la presencia de tu hermano, pero yo estoy siempre contigo. Yo, el mayor de todos tus amigos, que soy tu Padre, tu Hermano, tu Esposo y tu Todo; que soy mejor que diez, más aún, que diez millones de hermanos; yo que te amo con amor

infinito, que soy todo corazón y todo amor por ti; yo que soy infinitamente poderoso para asistirte en todas tus necesidades y apremios, y para defenderte con todos tus adversarios, o mejor contra los míos, pues lo que te son contrarios lo son también míos; los que son tus enemigos son mis enemigos, con tal que permanezcas siempre unida a mí.

“Y además, te he quitado a tu hermano, sin quitártelo sin embargo, para devolvértelo de mejor manera. ¿No sabes que a quienes me dan con alegría les devuelvo céntuplo? Lo tomé para obligarte a dármelo y si me lo entregas voluntaria y gustosamente te lo devolveré multiplicado, incluso de esa vida. Te daré en cien veces más todas las asistencias, los consuelos y todos los favores que hubieras recibido de él. Nada pierdes y en cambio ganas mucho.

“Entrégamelo, hija mía, entrégamelo de todo corazón. ¿Me negarías tan poca cosa, a mí que te he dado y te doy diariamente favores tan grandes? ¿Me rehusarías la vida de un hombre mortal a mí que por ti he dado mi propia vida, vida tan preciosa y digna, que un solo momento de esta vida vale más que todas las vidas de los ángeles y de los hombres? Entrégamelo voluntariamente, no obligada y por necesidad, y te devolveré centuplicado lo que me hayas dado.

“No te dejes llenar la mente de pensamientos y de preocupaciones inútiles diciéndote a ti misma: ¿Qué será de estos y de aquellos? ¿Qué van a hacer estas y aquellas personas? ¿Quién atenderá los asuntos de esta o de aquella casa? ¿Qué pasa? ¿Dónde está la confianza que debes tener en mi Providencia y en mi bondad?

¿Amas acaso más a todas esas personas que tanto te preocupan? Conozco suficientemente sus necesidades. ¿No soy lo bastante poderoso para disponer de todo lo que les atañe de la mejor manera posible?

“En lo que respecta a la casa en que estás, de la cual debes tener mucho cuidado, sabes que me pertenece más a mí que a ti. No me falta ni voluntad ni poder para conducir ventajosa y afortunadamente todo lo que tiene que ver con ella.

“Destierra, mi muy amada hija, destierra de tu mente todas esas preocupaciones superfluas. Abandónalo todo a mi bondad y mi Providencia. Aleja igualmente todo otro pensamiento y consideración, que no sirven sino a llenar tu alma de turbación y de angustia a tu corazón. Pon fin a tus lágrimas y suspiros. Basta ya de llorar y lamentare. Termina de gemir y de sollozar. Deja ya de aumentar el dolor y la tristeza. Es tiempo ya de enjugar tus lágrimas, para entregarte a ocupaciones más santas y dignas de tu condición. Es la hora de restituir a tu alma su primera tranquilidad y paz. Que llegue el día de dar a tus hermanas y a cuantos te conocen el consuelo y la edificación que les debes. Es el momento de darme los deberes y obligaciones del cargo en que yo te he establecido. De otro modo, darías ocasión de creer que amas más a tu hermano que a mí. Y sabes bien lo que he dicho: *No es digno de mí quien ama a su padre, su madre, a su hermano o su hermana más que a mí* (Mt 10, 37). ¿No te da temor de que esta palabra se verifique en ti? ¿No temes hacerte indigna de mí al perseverar todavía en los excesos de tus tristezas y tus llantos? No temes

convertirte en escándalo de tantas personas de toda clase y condición que tienen lo ojos puestos en ti y que esperan de ti virtud y constancia dignas del estado en que estás?

¿Qué van a decir los mundanos y seglares de una persona, constituida en ejemplo de virtud y santidad para los otros desde hace tanto tiempo, que no ha aprendido todavía a someterse a mi voluntad, que es fundamento de toda virtud y santidad? ¿Les vas a dar motivo de tener en menos el estado y la Orden en la que vives, como si yo hubiera obrado tan poco en ti durante tanto tiempo?

No, hija mía, no infieras este daño a la dignidad de tu estado; no causes menoscabo a la santidad de tu Orden; no traigas deterioro a la fuerza y a la eficacia de mi gracia. Observa en todos tus movimientos y sentimientos, en todas tus palabras y en todos tus comportamientos exteriores, una conducta tal que nada impropio se vea en ti, que no salga de tu boca ninguna palabra que no sea digna de la grandeza de tu calidad, digna de la sublimidad de tu estado, digna de la gloria de tu Orden y digna todavía más de la santidad y de la excelencia de mi gracia y de mi amor que en ti residen”.

Señora, después de estas divinas palabras de su divino Esposo nada tengo que añadir. Solo suplico a la Madre de Jesús que imprima en lo hondo de su corazón las palabras de su Hijo. Suplico a esta Madre de gracia y de amor, Madre de todo consuelo, de hacerla partícipe de la gracia y del amor por los cuales ella sufrió, constante y santamente, la muy sangrienta herida que recibió de

esa espada de dolor que traspasó su alma, en el tiempo de la pasión y de la muerte de su Hijo único y únicamente amado.

Le escribo esto en espera de que tenga la oportunidad de hablarle de viva voz, cuando la afluencia de las visitas que recibe haya pasado un poco.

Soy en Jesús y María, Señora, su muy humilde, obediente e incondicional servidor,

JUAN EUDES

Sacerdote del Oratorio de Jesús

2. A sor María de Taillepie, religiosa conversa de la abadía de la Santa Trinidad de Caen, sobre la solemnidad de Jesús

JESÚS MARÍA

Enero de 1634

En el nombre y de la parte de Jesús, que es su todo y el mío, mi muy querida Hermana, en su persona, con su espíritu y su amor, le doy, para ese mes y para su eternidad, la gran solemnidad de Jesús, que nosotros celebramos el 20 de este mes.

Es una de las tres grandes solemnidades que se celebran de continuo en el cielo. Si el Señor la llama pronto allí, usted podrá celebrarla entonces con gozo y gran regocijo, mientras nosotros, acá en la tierra, lo hacemos en medio de dolor y angustia. Celebraremos solemnemente, usted y yo, una

misma fiesta, pero, cuánta lástima, de manera diferente.

No puedo pensarlo, ¡ay!, sin lágrimas ni sollozos. ¿Quién será que no suspire y solloce amargamente? No lloro por usted sino por mí. Mi querida y muy amada Hermana, si tiene un granito de caridad para con su pobre Padre, suplique a Nuestro Señor, cuando esté en su presencia, que me saque pronto de este lugar de pecado y de imperfecciones, para ponerme en un lugar y en un estado en que se le ame pura, perfecta y continuamente.

En espera de que vaya a celebrar la solemnidad de Jesús en el cielo, me dispongo a celebrarla por usted en la tierra. Mejor, suplico a Jesús que él se honre y se glorifique en usted de la manera que él quiera. Le ruego que haga de manera que todo cuanto ha habido, todo cuanto hay, cuanto habrá en usted, en su cuerpo, su alma, en sus pensamientos, palabras y acciones, en su vida temporal y eterna tribute homenaje y gloria a todo lo que hay en él, en su cuerpo, en su alma santa, en su divinidad, en su humanidad, en su vida temporal y eterna. Le suplico que la aniquile por entero y que se establezca perfectamente en usted. Que la retire y la consuma íntegramente en él. Que él sea todo en usted y solo se vea a él en su exterior y en su interior, en su tiempo y su eternidad. Que esté en usted, que viva y actúe en usted; que sufra en usted, que muera en usted; y que en usted se adore y glorifique a sí mismo de la manera que le

plazca. Mi muy querida Hermana, esto es lo que Jesús quiere obrar en usted en esta fiesta, o mejor, por este gran misterio que comprende en sí todos los misterios y las fiestas que yo le regalo de su parte. Solo entréguese a él con esta intención, yo haré el resto en su lugar.

De su parte y en su nombre le señalo como virtud en este mes y por siempre, el santo amor de Jesús. Le suplico que él se ame a sí mismo dentro de usted. Deje escapar de tanto en tanto un fugaz suspiro hacia él con esa intención. Ruego asimismo al Padre de Jesús, al Espíritu Santo de Jesús , a la madre de Jesús, a todos los ángeles y santos de Jesús que amen a Jesús por usted y que le tributen centuplicado todo el amor que usted hubiera debido darle en toda su vida. Exhale un breve sollozo hacia esas santas y divinas personas con esta intención.

Esta mañana, en la santa Misa, renové la unión que Nuestro Señor ha puesto entre su alma y la mía. Haga usted lo mismo, le ruego, ante Nuestro Señor por un acto de voluntad a fin de que si usted se marcha primero al cielo, allá lo ame y lo honre por mí, mientras yo me esfuerzo por amarlo y honrarlo en su lugar acá en la tierra.

Adiós, mi queridísima y amadísima Hija. Soy todo suyo en Jesús y para Jesús. A Él me entrego sin cesar por usted, aunque, sin embargo, no me atrevo a pedirle su salud. ¡Ay! Que este amabilísimo Salador haga lo que le plazca, con tal que nos conceda la gracia de amarlo pronto

perfectamente. Dicte una respuesta, por favor, a la que le va a leer esta carta y exprésele lo que desea decirme.

Viva Jesús y María

3. A la hermana de Taillepied sobre la fiesta de Pascua

JESÚS MARÍA

Qué otra cosa puedo decirle, mi queridísima Hermana, en este tiempo de gozo y consuelo, sino lo que nos dice el Apóstol: *Gaudete in Domino* . Regocíjense siempre en Nuestro Señor. Lo digo y lo repito: Alégrense usted.

¡Oh Dios! ¡Qué motivo mayor de gozo puede haber para nosotros si no es contemplar a Jesús, lleno de gloria y grandeza, de felicidad y júbilo! Cuánta razón tenemos para alegrarnos y nadie en el mundo la puede tener mayor.

¡Qué motivo de gozo tienen los mundanos' Barro, polvo, viento, humo; en cambio para nosotros el motivo de nuestro gozo es aquel que constituye la alegría del Padre eterno, del Espíritu Santo, de los ángeles y de los santos.

Llénese de gozo y diga con la santísima Virgen: "Mi espíritu se alegra y se estremece de gozo en Dios mi Salvador" (Lc 1, 47). No en mí ni en lo perecedero donde voy a buscar mi alegría sino en Jesús mi Salvador. Él es mi todo y quiero ser toda

para Él. Es locura y falacia extrema buscar la auténtica dicha en algo fuera de Él. Renunciemos fuerte y valerosamente a todo el resto y busquémosle sólo a Él.

Viva Jesús y María

4. A sor María de Taillepie. Le reprocha haber empleado cuando le escribió una palabra del mundo. Le indica la manera de celebrar la Natividad de la santísima Virgen

Le envió todo lo que me pidió y más todavía. Amo mucho la sencillez y la ingenuidad con la que escribe. Pero sin embargo ha dejado escapar en su carta una palabra del mundo, ese *besamanos* que yo le había prohibido emplear. Me parece que por eso debe hacer un medio cuarto de hora de oración usando las palabras de Jesús cuando se dirigía a los suyos: *No son del mundo, como yo no soy del mundo* (Jn 17, 16). Adore a Jesús en la perfecta separación que practicó respecto del mundo, tanto en su forma de hablar como en todo lo demás. Adórelo cuando pronuncias estas palabras. Entréguese a Él, y también entréguenos a nosotros, rogándole que nos separe totalmente del mundo, en la manera de hablar y en toda otra cosa. Bese la tierra el mismo número de veces que hay en esta sentencia: *¡Ellos no son del mundo!*

Sin embargo no vaya a pensar que ha cometido una gran falta por haber usado ese modo de hablar, quizás sin reparar en ello. Pero es que me siento bien cuando le

pido que honre esas palabras del Hijo de Dios. ¡Ay! Mis faltas son muy distintas de esas. Viva Jesús y María, únicos exentos de faltas y pecados.

Soy siempre todo suyo, cada vez más, mi querida hermana, en ese mismo Jesús.

Ejercicio para la Natividad de la santa Virgen

Honre hoy el primer momento de la vida de la santísima Virgen, más valioso que todos los siglos que precedieron desde el comienzo del mundo. ¡Oh! vida más amada y preciosa ante Dios, en ese solo momento, que todas las vidas de los ángeles y de los más grandes santos. ¡Oh! Quién pudiera expresar lo que Dios es para esta niñita que acaba de nacer y lo que ella es a los ojos de Dios. Qué abundancia de gracias y de bendiciones Dios derrama en su alma. ¡Qué entrega, qué unión, qué amor a Dios! Ella le tributa más honor y amor en ese momento del que se le ha tributado durante los cinco mil años precedentes. Virgen santa, que todos los momentos de mi vida, que toda mi eternidad, rinda homenaje a este primer momento de tu vida.

Empecemos, mi querida hermana, en este momento, con la santa Virgen, una vida santa y celestial, en honor de su vida santísima y divina. *Viva Jesús y María.*

5. A sor María de Taillepied sobre sus enfermedades

JESÚS MARÍA

¿Qué consuelo puedo darle, mi querida Hermana? ¡Le diré lo que el mundo acostumbra decir a los enfermos? ¡Que no es nada y que pronto estará bien? No es ciertamente lo que usted pide. ¿Voy a decirle que hay motivos para esperar que se vea pronto liberada de las miserias de la tierra y del destierro que sufre? No es ciertamente lo que usted desea puesto que usted quiere aborrecer la consideración de su propio interés. ¿Qué puedo decirle entonces para su consuelo? No voy a hablarle de usted pues debemos olvidarnos por entero de nosotros mismos, y acordarnos de Jesús pues solo Él debe ser el tema de nuestras palabras, de nuestros pensamientos y de nuestros consuelos. ¿Qué le diré de este estimado e infinitamente amable Jesús? Le diré que Él es todo para usted y que usted es toda para Él, mi querida Hermana. ¡Qué consuelo! ¿Podría desear usted algo más? Viva en paz en adelante y no tema nada. Jesús es todo en usted y para usted, y usted es toda en Jesús que la quiere infinitamente y que no tiene otros pensamientos y designios que no sean pensamientos y designios de amor y de bondad.

No se intranquilice si no puede recitar el Oficio, hacer la oración y practicar los demás ejercicios como lo quisiera. Muchas personas hacen estas cosas en su lugar y por usted. Y lo que sobrepasa infinitamente esto es que Jesús mismo, su Todo, está de continuo en ejercicio de contemplación, de alabanza y amor por usted ante la

mirada de su Padre eterno. En fin, todo le pertenece en el cielo y en la tierra. Permanezca en paz y en entero y total abandono de sí misma, de su salud, de su vida, de su alma y de su salvación entre las manos de su muy amable Padre que es Jesús.

6. A sor María de Taillepied sobre sus enfermedades

JESÚS MARÍA

Mi muy querida Hermana, bendito sea Jesús que la juzga digna de glorificarse en usted por el camino excelente del sufrimiento. Tiene el medio de convertirse en mártir si lo quiere. Ame, pues, mucho a nuestro amabilísimo Jesús y entréguele cuanto pasa en usted para que Él lo use en su bien. Si esto se prolonga, diga a la Señora (*Budos*) que decida el remedio que sea conveniente. En abandono y sacrificio, sin embargo, abraza siempre la santísima voluntad de aquel que la ama más que lo que usted misma se ama. Él la cuida como nunca usted misma lo pudiera hacer.

Viva Jesús y María

7. A la Hermana de Taillepied sobre las cruces y aflicciones

Bendito sea Jesús y bendiga Él su pobre corazón, mi queridísima Hermana. Que viva y reine en usted e imprima en su corazón las disposiciones requeridas para hacer buen uso del estado presente en que se encuentra.

Consuélese, mi amadísima Hermana, y regocíjese en nuestro muy amable Jesús porque Él es suyo y usted es para Él. Está en usted y usted está en Él. Permanezca siempre en Él y hallará en Él su paraíso. Aleje su mente y su corazón de todo lo demás para que sea cautivado y acogido suavemente en ese divino Paraíso. Es el Paraíso del Padre eterno en el que encuentra todas sus complacencias. Que todo su agrado esté también en Jesús pues solo Él es capaz de alegrar su corazón. De todo corazón abraza todas las penas y aflicciones que plazca a Nuestro Señor enviarle. Es el medio más eficaz para destruirnos y establecer a Jesús en nosotros.

8. A la Señora de Budos sobre la calumnias de que fue objeto durante la misión de Pleurtuit

Plouer, 1636

Estoy en este pueblo para comenzar la misión. No sé que me va a acontecer pero en la precedente me han dicho bellezas. Unos dijeron que yo era el precursor del Anticristo. Otros que yo era el mismo Anticristo. Otros

me tildaron de seductor; que era un diablo a quien no había que creer. Para otros yo era un brujo que atraía a todos en su seguimiento. Algunos decidieron expulsarme y hubieran puesto en ejecución su propósito si nuestros Padres no hubieran llegado el mismo día. Todo eso no son rosas, pero las espinas que me traspasan el corazón es ver tantas pobres gentes que están detrás de mí hasta ocho días para poder acercarse a la confesión, aunque somos una decena de confesores.

9. A la Señora de Budos, sobre la resignación en las enfermedades

¿1637?

SEÑORA, la gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo estén con usted para siempre.

Estoy lleno de compasión al verla en dolor y debilidad. Estaría colmado de pesadumbre si no viera a Jesús en sus debilidades y en sus dolores. En ellos solo veo a Jesús, su bondad y su amor.

Él está allí, Señora, allí en medio de usted. Está en sus angustias y en sus sufrimientos. Está allí Él que es todo amor, totalmente transformado en amor a usted. Está allí disponiendo y ordenado por amor esos mismos sufrimientos que usted padece. Está allí guiándola y llevándola por los caminos de su amor, atrayéndola a la perfección de ese mismo amor por las vías de las penas y del rigor.